

debía romper toda comunicacion con él hasta que confesase la fé en toda su integridad.

Esta discordia metió mucho ruido y no tardó en llegar á oídos del emperador que los mandó venir á ambos á su presencia; y ya fuese por veneracion á la doctrina de la Iglesia romana y á las luces de Gregorio, ó ya aversion á una singularidad contraria á las ideas recibidas, el emperador Tiberio tomó con tanto ardor partido por el diácono romano, que quiso entregar á las llamas el libro de Eutiquio. Pero al acabarse la conferencia, el legado y el patriarca cayeron enfermos, y la enfermedad de este vino á ser mortal. Fué á visitarle el emperador, y el enfermo aseguró que el príncipe moriría también en breve. No permitió Dios que al morir un obispo dotado de tantas virtudes y de dones extraordinarios del cielo dejase prevenciones siempre peligrosas contra la verdad. Gregorio, no pudiendo visitarle, le envió sus amigos, á quienes escuchó tan bien, que posponiendo toda vanagloria, abjuró altamente su estraña opinion, y aun á su retractacion añadió señales exteriores las mas espresivas de su convencimiento, pues cogiendo con sus manos la piel de su cuerpo dijo en presencia de todos: *creo que resuscitaremos todos con esta misma carne* (1). San Gregorio, sin dar lugar á que este error se hiciese mas célebre persiguiéndole con las formalidades ordinarias, dejó que se desvaneciese por sí mismo, con tanta mas razon, cuanto que despues de una retractacion tan auténtica apenas habia quien le siguiese. San Eutiquio espiró el domingo de la octava de Pascua, á 5 de abril de 582, y la Iglesia venera su memoria el dia 6. El emperador Tiberio murió el 14 de agosto del mismo año cumpliéndose asi la prediccion del santo patriarca.

Habia hecho coronar la vispera á su

verno Mauricio, natural de Capadocia, de una familia oriunda de Roma, de edad madura, pues contaba ya cuarenta y tres años, y de igual madurez de espíritu, lleno de juicio y sabiduría, modesto, reservado, poco amigo de franquearse y deseoso de conocer á fondo á los sugetos antes de admitirlos á su confianza. Era por otra parte benéfico y muy inclinado á la clemencia, de la que dió grandes ejemplos desde el principio de su reinado. No se distinguió menos por su valor que por las demas cualidades propias de los grandes príncipes y de los grandes capitanes; pero lo que se admira principalmente en él, lo que demuestra el carácter constante y firme de su alma, ó mas bien de su virtud, es que jamás desmintió en el trono estas bellas cualidades, pues en él se mostró tan afable y tan dueño de sus pasiones como cuando era simple particular. Tan bellas cualidades tenian por sólida base una Religion pura y sincera, un amor inviolable á la doctrina de la Iglesia y á la enseñanza de los pastores. Amaba cordialmente á San Gregorio y le honró hasta hacerle padrino de uno de sus hijos (1).

Mauricio trajo á la memoria despues de su coronacion la profecia que en otro tiempo le habia hecho en Galacia San Teodoro de Siceon (2). Siendo este príncipe general del emperador Tiberio, pasó por aquella provincia al volver de una expedicion gloriosa contra los persas. Su piedad y la fama de San Teodoro le movieron á ir á ver al Santo en la caverna que habitaba, para tributar unidos gracias al Dios de los ejércitos y obtener nuevos favores. El santo solitario habló públicamente al guerrero cristiano de los designios que el Dispensador de los centros y coronas tenia acerca de su persona, y despues, llamándole á parte al salir de la

(1) Evagr. lib. 6 hist. cap. 2.

(2) Bolland. die 2 Apr.

(1) Gregor. M. lib. 14 Moral. cap. 29.

oracion, le dijo claramente que sería emperador.

El origen de este Santo nos hace conocer admirablemente hasta qué punto el Señor es árbitro de sus dones, y cómo cuando le place hace nacer del seno mismo de la corrupeion las mas puras virtudes. Habia sido prostituta de una posada la madre de Teodoro, y tuvo á este hijo de un oficial distinguido que pasaba á tomar posesion del gobierno de una provincia. Ya fuese por respeto al origen del fruto que habia concebido de un grande, despues de tantas otras criminales condescendencias con gente comun, ó ya arrepentimiento sincero de una larga série de pecados, hizo bautizasen á este niño luego que nació, teniendo gran cuidado de su educacion y principiando una vida arreglada. Observóse en Teodoro una gran piedad desde su mas tierna infancia, y particularmente mucha devocion al mártir San Jorge, muy venerado en la comarca, y toda su vida le honró y le hizo honrar con un culto notable. Dedicóse siendo muy jóven á la vida solitaria, y al principio estuvo recluso desde Navidad hasta el domingo de Ramos, no comiendo sino en los sábados y domingos, y aun entonces solo algunas frutas ó yerbas. Ordenóle presbítero el obispo de Anastasiópolis cerca de Siceon, aunque no contaba mas que diez y ocho años, y esta distincion fué un nuevo estímulo á su piedad y á su espíritu de abnegacion. Mandó hacerse en vez de celda una caja de hierro, y él mismo estaba vestido de este metal, pues tenia por túnica una coraza de peso de diez y ocho libras, un áspero ceñidor y un calzado igual; y sobre esta estraña especie de vestido sobresalia una cruz, tambien de hierro, de diez y ocho palmos de largo. Tuvo un gran número de discípulos y llegó á adquirir la mas alta estimacion, lo que por último le arrancó de su soledad. Muerto el obispo de Anastasiópolis, los ciudadanos y

el clero suplicaron al obispo de Ancira, que era el metropolitano de la provincia, les concediese por Pastor al abad Teodoro. Tuvieron que hacerle violencia para que aceptara el báculo pastoral, en cuya dignidad conservó todas las austeridades del retiro. Tal fué el profeta que vaticinó el imperio á Mauricio.

San Gregorio desempeñó su embajada con este emperador como lo habia practicado en otro tiempo con Tiberio, captándose el amor y el respeto, tanto del pueblo como de los grandes y de los mas ilustres prelados del Oriente. Proporcionó muchas veces auxilios á la Italia, reducida al estado mas miserable bajo la tiranía de los lombardos. Mas todo el bien que hacia desde su elevado puesto no bastaba para consolarle de la idea de verse arrojado de nuevo, como decia á sus amigos piadosos, á las tempestades del siglo. En todo lo que era compatible con su dignidad observaba la vida monástica, y aun tenia consigo muchos de sus religiosos, de quienes se separaba lo menos posible á fin de no olvidar nunca sus primeros juramentos. Haciales á menudo piadosas conferencias, y con este motivo escribió el libro de sus Morales, que en todos tiempos ha sido tan estimado en la Iglesia. Habia comenzado por explicarles el libro de Job á consecuencia de las repetidas instancias que al efecto le hicieron para vencer su grande modestia, uniéndose á ellas las de San Leandro de Sevilla, que aun residia en Constantinopla, y las de otros amigos no menos distinguidos. Espuso el principio de viva voz: despues dictó homilias sobre lo restante, y cuando tuvo tiempo lo ordenó todo é hizo un gran comentario dividido en treinta y cinco libros. Llamáronle á Italia poco tiempo despues, ó á lo menos antes de las desavenencias ocasionadas por la ambicion del patriarca Juan, llamado el Ayunador, que sucedió á Eutiquio. Mas para presentar este

hecho con claridad, necesitamos tomar las cosas desde su origen, que fué la delacion calumniosa hecha contra Gregorio de Antioquia.

Este patriarca, acusado de adulterio con su propia hermana, habia apelado al emperador y al Concilio: partió á Constantinopla, llevando consigo de consejero á Evagrius el Escolástico, es decir, abogado, quien cuenta este hecho en su Historia eclesiástica. Concurrieron á este exámen todos los patriarcas, ó en persona ó por diputados; asistió tambien el Senado y muchos metropolitanos; de modo que hubo entonces un ejemplo de uno de aquellos casos privilegiados juzgados por el concurso de las dos potestades. Nómbrase el Senado despues de los patriarcas, pero antes de los metropolitanos. Fué declarado inocente el obispo de Antioquia, y condenado el acusador á azotes y al destierro en castigo de su calumnia. Mas el ambicioso patriarca de Constantinopla, que acababa de ver á todo el Oriente sometido en cierto modo á su jurisdiccion, se arrogó el título ofensivo de obispo universal. Cuando el Papa Pelagio supo este hecho, escribió á Constantinopla anulando por la autoridad de San Pedro las actas de este Concilio, y prohibiendo á Lorenzo, sucesor de San Gregorio en el cargo de legado, concurrir á los oficios con Juan el Ayunador (1). No pasó entonces la cosa mas adelante, porque otro negocio mas urgente llamó á otra parte la atencion del Gefe de la Iglesia.

El Exarca de Rávena, que así se llamaba hacia ya algun tiempo el principal oficial del emperador en Italia, habia hecho las paces con los lombardos; y el Papa Pelagio aprovechó esta ocasion para conferenciar con los defensores cismáticos de los tres capítulos, porque no habia podido verificarlo

(1) Gregor. M. lib. 4. Epist. ep. 36 et 38.

hasta entonces por el estado deplorable del norte de Italia y por las continuas hostilidades. Escribió á los obispos de Istria exhortándolos á que tornasen á la unidad: demostróles que carecian de todo pretesto plausible para resistirse: que á escepcion de su corto número, todos los obispos latinos habian tomado el partido de la sumision, y que este ejemplo debia serles tanto mas persuasivo cuanto que antes de darle habian reconocido con toda la madurez posible que el quinto Concilio en nada perjudicaba ni se oponia al de Calcedonia; y añadía, que lo que al principio habia podido ser legitimo, ó á lo menos disculpable respecto del gran número de occidentales, era hoy sobremanera digno de reprobacion en un corto número de indóciles que vituperaban la conducta de la Iglesia. Dirigió San Gregorio la pluma del Papa para escribir estas exhortaciones á los obispos de Istria. No surtieron, sin embargo, efecto alguno, y la obstinacion de estos prelados dió mucho que trabajar á Gregorio durante el curso de su mismo pontificado, y hasta mucho tiempo despues no se apagó este cisma, que fué desvaneciéndose insensiblemente. Fueron las últimas del Papa Pelagio estas obras de celo, pues murió en Roma de una enfermedad contagiosa el día 8 de febrero del año 590, despues de haber ocupado la Santa Sede cerca de doce años. Era tan caritativo, que hizo de su casa un hospital para pobres ancianos.

Entretanto habia ido creciendo de dia en dia la estimacion y amor de los romanos al arcediano Gregorio, y ya en el pontificado de Benedicto habian dado de él pruebas muy notables. Al pasar un dia el Santo por el mercado de Roma, se admiró de ver la blancura extraordinaria y la hermosura de algunos esclavos ingleses puestos en venta: preguntó al mercader, si aquellos infelices, que tanta compasion le

causaban, tenían á lo menos la dicha de ser cristianos. Habiéndole respondido que no, dijo suspirando: «¡qué lástima que una nacion tan favorecida de la naturaleza esté bajo del poder del demonio!» Y sin mas dilacion corrió á verse con el Papa Benedicto, y le propuso enviar obreros evangélicos á la Gran Bretaña, suplicándole con las mas vivas instancias que le nombrase uno de ellos para alentar á los demas, pues sin esto ninguno emprenderia tan peligroso viaje. Convino en ello el Pontífice, aunque con gran dificultad; mas el pueblo romano, agolpándose al saber esta noticia y cubriendo el camino por donde el Papa iba á San Pedro, principió á gritar: «Vos ofendeis al Príncipe de los Apóstoles; vos causais la ruina de Roma si permitis salir á Gregorio.» No era todavia diácono el Santo, sino solo encargado de su monasterio. El Papa envió prontamente correos para que regresase, y no le alcanzaron hasta á tres jornadas de la ciudad: tanta prisa se habia dado en su viaje, receloso de los acontecimientos que en efecto se verificaron (1).

Igual fué por la exaltacion de Gregorio el deseo de todas las clases de ciudadanos, cuando vieron vacante la Cátedra pontificia, y así fué elegido con unánime consentimiento del clero, del senado y del pueblo. En vano trató de dar á entender era indigno de este puesto; en vano interesó vivamente á sus amigos, representándoles con lágrimas los riesgos á que esponia su alma entrando de nuevo en un mundo que no habia abandonado sino despues de haber conocido por su flaqueza la imposibilidad de lograr en él su salvacion (2). Consistia su último recurso en el emperador, que sabia le amaba tambien singularmente. Escribióle del modo mas propio para ganarle y le sugirió un

(1) Joann. Diac. cap. 21.

(2) Ibid. lib. 1, cap. 39.

medio tan sencillo como seguro, á saber, que no aprobase la eleccion. Pero habiendo entrado en sospechas German, prefecto de Roma, previno al emperador, quien bendijo mil veces al cielo por haber hecho recaer los votos sobre aquel á quien él mismo hubiera elegido. Envió con la mayor presteza las cartas que contenian la orden para proceder á la consagracion. Sabedor Gregorio de los pasos del prefecto, y no aguardando de la corte mas que una respuesta contraria á sus deseos, determinó huir; empero tambien se habia previsto este refugio, y para frustrarle se habian colocado guardias á las puertas de la ciudad. Disfrazóse no obstante, metióse en una cesta de mimbres, y se hizo conducir por unos mercaderes. Anduvo oculto por los bosques y cavernas por espacio de tres dias, que fueron un tiempo de desolacion para el pueblo romano, mas inquieto y acongojado por esta huida que por todas las hostilidades de los lombardos. En este intervalo de tiempo no cesaron de ayunar y orar con lágrimas y gemidos, hasta que el cielo con indicios milagrosos descubrió al fugitivo, que fué cogido y conducido á Roma. Temió entonces que si se resistia mas tiempo se opondria á las órdenes de la Providencia; y así fué consagrado en la iglesia de San Pedro el día 3 de setiembre del año 590, y ocupó la Silla tree años. Mostróse inconsolable por el peso que se le habia impuesto, y se quejó á sus amigos de viva voz y con cartas muy sensibles. Entre otros escribió á la princesa Teotista, hermana del emperador, diciendo (1) que le habian vuelto al siglo con pretesto del episcopado: que tenia mas negocios temporales que cuando era lego: que la alegría y el reposo habian finado para él: que una elevacion aparente no servia mas que para hacerle menos virtuoso, y por

(1) Gregor. M. lib. 4. Epist. ep. 5.

consiguiente mas despreciable: que despues de haberse visto en el colmo de la felicidad humana, libre de temer y de desear ninguno de los objetos de este mundo, se veia de repente abismado en los mas tristes temores y sobresaltos, temiendo en extremo, «si no por mí, dice, á lo menos por aquellos cuyo padre comienzo á ser.» «Ya el tumulto de los vanos pensamientos, añade, es causa de que cuando quiero entrar en mí mismo despues de los negocios, veo el camino cerrado y mi interior es extraño á mí mismo. Ciertamente que el emperador debe tener mucho escrúpulo de haber hecho imponer un ministerio tan grande á un sugeto tan mediano.»

Reprendiéndole amigablemente Juan, obispo de Rávena, por haberse ocultado huyendo del pontificado, aunque lo merecia tanto, creyó el Santo que el mejor modo de responder á esta reprehension era esponer toda la sublimidad y estension de las obligaciones pontificias. A este fin escribió su Pastoral, obra tan respetada siempre en toda la Iglesia. La divide en cuatro partes: la primera sobre la vocacion al episcopado, ó sobre las disposiciones necesarias para abrazarle, cuales son las virtudes de todo género, la superioridad de luces, la constancia y fortaleza, el amor al trabajo, y sobre todo la esencia de una infinidad de defectos figurados por las impurezas legales que en la ley antigua escluian de las funciones del sacerdocio. Las dos partes siguientes tratan del modo con que el pastor llamado legítimamente debe cumplir el ministerio que no ha buscado; y en el principio esplica en general cómo debe consagrarse á procurar la salvacion del prójimo, y despues individualiza en la tercera parte cómo ha de proporcionar sus instrucciones á la variedad de los lugares, de los tiempos, de las diferentes personas y de las disposiciones sucesivas de un mismo sugeto. La

última parte suministra al mismo pastor los preservativos contra la corrupcion de aquellos mismos que quiere curar y contra el veneno aun mas contagioso del orgullo. Esta obra fué desde entonces tan estimada, que el emperador Mauricio quiso tener una copia; y Anastasio, patriarca de Antioquia, la tradujo en griego para el uso de las iglesias de Oriente.

Cinco ó seis meses despues de su exaltacion tuvo Gregorio por el mes de febrero un Concilio en Roma, de donde envió sus cartas sinodales á los cuatro patriarcas. Se observa que en esta carta, que es circular, además de Gregorio, poseedor actual de la Silla de Antioquia, se nombra tambien á Anastasio, á quien el Pontífice no dejaba de reconocer, y aun escribió al emperador que si no se permitiese á este obispo espulsado volver á su iglesia, se le enviase á lo menos á Roma con el uso del Palio. En la profesion de fé que segun costumbre contiene la carta circular (1), declara el Santo Papa que recibe los cuatro Concilios generales y los venera como á los cuatro Evangelios. «El mismo respeto, añade, tengo al quinto, en el que ha sido condenada la supuesta carta de Ibas, convencido Teodoro de que dividia la persona del Mediador y reprobados los escritos de Teodoreto contra San Cirilo. Desecho á las personas que estos venerables Concilios desechan, y recibo todas las que ellos honran; porque estando sostenida su decision por un consentimiento universal, aquel se pierde, sin perjudicarles, que se atreve á ligar á los que ellos desatan, ó á desatar á los que ellos ligan.» Es evidente que San Gregorio habla aquí del asunto de los tres capítulos como se reconoce universalmente; luego este santo y sábio Pontífice no miraba esta condenacion como un negocio par-

(1) Epist. 24, 27.

ticular y sin consecuencia para la Iglesia universal. De ésta pretension tan falsa y temeraria seguiríase que los cismáticos, tan vivamente estrechados por San Gregorio, no habrian estado sin embargo obligados á someter su juicio á la Iglesia cuando ésta condenó aquellos peligrosos escritos; consecuencia tan visiblemente cismática, como contraria á toda la série de los procedimientos del mismo Santo sobre este asunto.

Este celoso Pontífice escribió á Teodelinda, reina de los lombardos, que era católica y que convirtió despues al rey su esposo con toda la nacion de los lombardos. Hizo que pasase la carta por mano de Constancio de Milan, que como obispo de la régia ciudad, podia conocer las disposiciones de la reina y todas las circunstancias convenientes. Como se trataba de un Concilio mirado con muy diversos ojos por los varios obispos de la Lombardia, no le pareció bien á Constancio presentar la carta del Papa á Teodelinda, para no esponerla á una perplejidad mas peligrosa que la ignorancia en que se hallaba. Aprobó Gregorio esta conducta, y envió otra carta, en la cual se contentó con hablar de los cuatro primeros Concilios, y exigir que la reina abrazase formalmente la comunión de su obispo. Si el sábio Pontífice no quiso interesar á una persona poco instruida, y que por su estado no debía serlo mas, en una discusion todavia oscura en una parte de los países católicos y sobre la cual fácilmente podia engañarse, fué porque el comun de los fieles no siempre está obligado á conocer cuáles son los puntos particulares de doctrina decididos por la Iglesia, ni á abjurar todos los errores de una manera esplicita. Pero si añade en esta misma carta á Constancio, que no se ha tratado de la fé en el quinto Concilio, no entiende otra cosa sino lo que habia dicho Pelagio en su carta al rey Childeberto; á saber, que en tiempo

de Vigilio no se habian definido nuevos dogmas de fé que no estuviesen ya decididos en el Concilio de Éfeso ó en el de Calcedonia; en una palabra, que todo lo que el quinto Concilio tenia de particular, era la sentencia acerca de la persona de tales y tales obispos muertos en el gremio de la Iglesia, pero cuya doctrina contenida en escritos publicados con su nombre habia sido condenada.

Gregorio procedió con tanta severidad con los obispos que continuaban defendiendo los tres capítulos, que ellos acudieron al emperador Mauricio, quejándose no solo de las violencias ejercidas por el exarca Esmaragdo, sino tambien de que el Papa habia enviado órdenes para que Severo, arzobispo de Aquileya y gefe de los cismáticos, fuese conducido á Roma, á fin de procesarle allí canónicamente. Estaban tan convencidos de la firmeza del santo Pontífice sobre este punto, que añadieron hablando de él: «no podemos reconocer por juez al que es nuestro contrario y cuya comunión evitamos.»

Pero lo que en estas circunstancias manifestó el Santo Pontífice desear con mas ardor, fué la conversion de los lombardos. Su rey Eutaris, á quien habian elegido despues de un interregno de diez años, habia muerto como su predecesor sin dejar hijos. Su viuda Teodelinda, amada de la nacion, habia sido declarada su heredera, aunque hija de un príncipe extranjero como lo era el rey de Baviera, y dejaron á solo su arbitrio la eleccion de rey (1). Ella, pues, se casó con Agilulfo, duque de Turin, uno de los treinta que habian retenido la autoridad durante la anarquía; pero exigió que antes abjurase el arrianismo. La nacion de los lombardos, que parece haber seguido débilmente la heregia asi como todo

(1) Paul. hist. cap. 16.